

El escalofriante medio de comunicación que es la Naturaleza

Luis Ángel Campillos Morón. Universidad de La Rioja (España)

Recibido 06/12/2024 • Aceptado 30/07/2025

ORCID: <<https://orcid.org/0009-0007-0015-2775>>

Resumen

En el presente texto se propone la hipótesis de la concepción de la Naturaleza como medio de comunicación. Atendiendo a la etimología del término «comunicación» y separándonos en este punto de la tesis de Marshall McLuhan, presentaremos su carácter bifaz: la obligación de participación en igualdad de condiciones. Tratando de animar el debate y convocando a nuevas interpretaciones, el objetivo final de nuestra lectura es la comprensión de la Naturaleza como agente político evitando el criterio antropocéntrico.

Palabras clave: naturaleza, medio de comunicación, Marshall McLuhan, ecología.

Abstract

The chilling means of communication that Nature is

This text proposes the hypothesis of the conception of Nature as a means of communication. Attending to the etymology of the term «communication» and separating ourselves at this point from Marshall McLuhan's thesis, we will present its bifacial character: the obligation of participation on equal terms. Trying to encourage the debate and calling for new interpretations, the final objective of our reading is the understanding of Nature as a political agent avoiding the anthropocentric criterion.

Key words: Nature, Media, Marshall McLuhan, Ecology.

El escalofriante medio de comunicación que es la Naturaleza

Luis Ángel Campillos Morón. Universidad de La Rioja (España)

Recibido 06/12/2024 • Aceptado 30/07/2025

ORCID: <<https://orcid.org/0009-0007-0015-2775>>

§ 1. Presentación de la hipótesis

Hablemos sobre desastres naturales. Evidentemente, no nos conformamos con echarle la culpa al azar o a la aleatoriedad, pues, si ese fuera el caso, dejaríamos de escribir en este punto. Tratemos, sin embargo, de explicarlos mediante alguna *lógica* que nos aporte cierta reflexión crítica.

En principio, nadie podrá negarle a la lluvia, por ejemplo, que es un medio: pues supone cierta expresión de la materia —agua cayendo, más o menos intensamente—. Lo que sí, quizá, muchos rechazarían es el hecho de que sea un medio de comunicación. Esta es precisamente nuestra hipótesis: agenciarle un carácter de medio de comunicación. El objetivo es llevar a cabo una lectura crítica de recientes acontecimientos, como las inundaciones (de agua) en Valencia o (de lava) en La Palma.

Partiremos del ya clásico análisis de los medios de comunicación propuesto por Marshall McLuhan (1996). Parafraseando su célebre máxima de que «el medio es el mensaje», afirmaremos que la naturaleza (en forma de erupción volcánica, en forma de lluvia torrencial...) es un medio *sin mensaje* (?), pero, al fin y al cabo, un medio de comunicación.

Al hablar de la electricidad como medio puro (sin mensaje), por el que pueden transitar determinados mensajes, McLuhan enseguida pasa a afirmar que «el medio es el mensaje» (*ibidem*: 30). Ello significa que cualquier mensaje que viaje por cierto medio queda conformado o limitado por el carácter determinante de este. Por ejemplo: las ondas de radio (medio) pueden albergar muchas clases de mensajes (diversos tipos de emisoras que emitirán sus variados contenidos o mensajes), pero todos estos mensajes, todo lo que se pueda oír en la radio, se ve *constreñido* por el carácter físico del medio

radiofónico: ciertas frecuencias del espectro de luz junto con dispositivos de emisión, grabación y difusión (altavoces, micros, antenas...).

Pongamos otro ejemplo más actual: cierta red social X en cuanto medio de comunicación. Antes de que esa red comience a funcionar, es una suerte de medio sin mensaje. Pero una vez se activa, allí comenzarán a aparecer mensajes de muy diversa índole. Sin embargo, de nuevo, todos ellos compartirán el hecho de *pasar por el aro* de ese medio, de insertarse en esa estructura física que en este caso se sostiene básicamente con determinado *software*, *hardware* y otras frecuencias del espectro de luz.

En definitiva, el medio impone cierta forma al contenido (mensaje), más o menos restrictiva. Por ejemplo, supongamos que en esa cierta red social X no se pueden enviar mensajes de más de x caracteres. Evidentemente se pueden escribir infinitas frases usando unas pocas palabras, pero todos esos mensajes se *conformarán* con la imposición de la forma. Ningún mensaje que aparezca en dicha red social sobrepasará ese límite (formal), pues caso contrario nos encontraríamos sencillamente ante un acto de sabotaje *hacker*.

Desplegando ya la hipótesis anunciada, preguntémonos: ¿qué clase de medio de comunicación es la lluvia torrencial o una erupción volcánica? ¿Qué mensajes o contenidos caben en ellas? Para contestar a esta extraña pregunta (reconozcamos la extravagancia de nuestra hipótesis) debemos deshacernos cuanto antes de ciertos prejuicios.

En primer lugar, desde el sentido común, habíamos pensado los medios de comunicación desde una óptica estrictamente antropocentrista: la radio, el teléfono, la televisión, las señales de humo... incluso las palomas mensajeras. Sin embargo, el significado etimológico de comunicación, asociado al de comunidad, habla de una doble dimensión: a) obligación de participar (como una carga: ese *munus* [Esposito, 2020] de la comunicación) y, b) compartir en igualdad de condiciones (el prefijo *co-* de la comunicación). De acuerdo con lo antedicho, el acto de comunicación comporta una participación igualitaria, sin jerarquías. Pero, incidimos, una participación obligatoria.

Ahora bien, el ser humano no suele querer comunicarse con la lluvia desde una posición de igualdad, de tú a tú, sino que suele hacerlo cuando le interesa: si necesita que sus huertas se rieguen o sus pantanos se llenen, etc. Por ello, siguiendo con esta argumentación, no respeta ninguno de los dos elementos conceptuales del término:

- a) ni el *co-*, pues el humano se cree superior, o por lo menos, en líneas generales, sólo se acuerda de la lluvia cuando le interesa, porque hace calor y le conviene refrescarse, por poner otro ejemplo, pero siempre manteniendo (o pretendiendo mantener) él el mando, estableciendo *su* jerarquía;
- b) ni el *munus*, dado que el humano no participa con la lluvia sino *de* la lluvia, simplemente la recoge o la cataloga como mala o buena, según sus criterios partidistas.

En segundo lugar, el potencial de la naturaleza supera el potencial humano. Los casos de Valencia o La Palma son frutos de un exceso: lluvia por un lado, lava por otro. El término «exceso», al hilo del punto anterior, se enmarca de nuevo bajo un criterio antropocéntrico. Llueve en exceso porque la medida que nos conviene, para el mantenimiento de la normalidad en la que vivimos, no es esa. Si el volcán de La Palma hubiese emitido unos cuantos chorros de lava y no hubiese ido a más y las lluvias en Valencia y alrededores no hubiesen devenido tan intensas, el orden no hubiese sido trastocado de forma tan abrupta.

La lluvia es un medio sin mensaje, diríamos, si la comprendemos desde afuera, es decir, si negamos su carácter de medio de comunicación. Ahora bien, si afirmamos lo contrario, si participamos con ella en igualdad de condiciones, aceptando tanto el *co-* como el *munus* (así como su potencia abismal), la reflexión cambia ostensiblemente.

De un lado, porque ha de existir algún mensaje: nos estamos comunicando con la lluvia, percibimos cómo se expresa y a pesar de la imposible traducción de su lenguaje al nuestro, debemos extraer contenido, algún significado de nuestra relación con ella. No obstante, su mensaje no es unívoco sino de una ambigüedad escalofriante, pues no nos dice nada en concreto, no logramos separar dobles intenciones, tampoco podemos echarle la culpa ni hay responsabilidad de por medio. Recordemos que, siguiendo con la hipótesis, nos situamos en igualdad de condiciones de participación, lo cual no obsta para que su potencia sea inmensamente mayor que la nuestra.

Regresemos al término «escalofriante», adjetivo ciertamente adecuado para las catástrofes naturales, como el tsunami que provoca la muerte a miles de personas. Rescatemos en este punto otro criterio de la teoría de McLuhan: el frío o el calor. Los medios de comunicación extremadamente calientes son aquellos que se nos imponen,

apenas dejan lugar para la réplica o la conversación. Parecen mostrarlo todo, exponen la verdad absoluta. De estos medios hirvientes se desprenden férreas jerarquías: el padre ordena al hijo que se calle. Este obedece sin más. Desde nuestro criterio de los medios de comunicación con base en su etimología (obligatoria participación horizontal, sin jerarquías), los medios calientes no son medios de comunicación sino medios de *uni(n)formación*. Vomitan sus contenidos y no escuchan ni responden ni preguntan. Usando el neologismo, jugamos con los dos sentidos: *informar*, por un lado; *uniformar*, por otro. El fin último de este tipo de medio es, por ende bifaz: informar y uniformar.

Por su parte, los medios fríos, siguiendo a McLuhan, fomentan la participación, se exponen a respuestas y repreguntas. En ellos podemos generar contenidos problemáticos, pues el medio es mínimamente restrictivo (en el caso de un medio gélido).

De acuerdo con la tesis de McLuhan, ¿cómo catalogaríamos las lluvias torrenciales de La Dana o la erupción volcánica en La Palma? Si antes habíamos hablado de fenómenos escalofriantes, ahora debemos rectificar, pues un medio escalofriante (muy frío) devendría hartó democrático, y no parece que sea el caso de la lluvia torrencial o la erupción del volcán que irrumpen y se imponen. Desde esta perspectiva, son, sin duda, medios muy calientes. Así pensados, no son medios de comunicación sino más bien de *uni(n)formación*.

Sin embargo, empeñémonos en nuestra tesis: son medios de comunicación, no de *uni(n)formación*. Son medios escalofriantes. Sabemos que su potencia nos supera, ¿o lo habíamos olvidado?

Pasemos ahora a la lectura de sus actos, a la interpretación de su mensaje. Tratemos de superar el terrible inconveniente de no comprender su lenguaje, su modo de expresión. Por lo tanto, no queda otra opción que realizar alguna lectura al respeto. ¿Por qué? Porque tenemos que participar, estamos obligados a ello, recordemos: comunicación.

Mas ¿cómo interpretar el *silencioso* mensaje que nos envía la naturaleza en forma de erupción volcánica o de lluvia torrencial? Al igual que nosotros, a partir de cierto número (finito) de letras podemos construir infinitas frases, aquí caben infinitas opciones, dada la finita gramática de la lluvia.

§ 2. Lectura

He aquí, pues, nuestra lectura:

La Naturaleza es una suerte de Democracia Radical que anega las falacias de las democracias capitalistas actuales. Irrumpe en el Congreso del planeta Tierra y participa *a su modo*. Sin embargo, al contrario que ocurre con las protestas performativas de corte animalista u otras, las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado, a la Naturaleza, como suele decirse, *no se la pueden llevar detenida*. De nuevo, su potencia nos supera. ¿No nos hubiera convenido, aunque fuera, aliarnos con ella o incluso someternos a sus dictados, para así, paradójicamente, afirmar nuestra capacidad política de una forma mucho más comunitaria? Hemos relegado a la Naturaleza a un campo de refugiados, aunque a veces la hemos llevado a alguna embajada para hacernos la foto. La hemos alimentado con nuestro reciclaje y ecologismo, pero de vez en cuando se escapa y vomita, ¿qué le vamos a hacer? Resulta imposible domesticarla por completo.

La Naturaleza, por un lado; el sistema capitalista que la subsume en la lógica del beneficio, por otro. No se trata de enemigos sino de paradigmas inconmensurables. Diciéndolo con Marx y Engels (2004), parafraseando el famoso pasaje de *El manifiesto comunista*, la Naturaleza es el monstruo (de los ríos que han sido canalizados, por ejemplo) que recorre el mundo. Ya no es un fantasma o un espectro europeo, hoy en día debemos cambiar su caracterización y presentarla más bien como un monstruo universal, como alguien que irrumpe en tanto lo Otro, Desconocido, Salvaje, Absolutamente Ingobernable. En definitiva, el escalofriante medio de comunicación que es la Naturaleza

Harta de promesas, de espectáculos (Debord, 2012) que maquillan la perpetua mercantilización y objetualización de la vida, Dana es hija de la madre Naturaleza, fuente de vida. Reparemos en esta interesante *cadena de producción*: cierto tipo de ser humano (ser vivo) ha usado la Naturaleza (fuente vital) para aniquilar otras formas de vida. Así que, contra el antropocentrismo voraz, contra el ser humano que se convierte en tutor de la naturaleza (recuérdese el «tutor» en agricultura: el palo que se coloca atado al joven árbol para evitar que este se curve y no continúe la lógica vertical), la Naturaleza se desencadena para regresar posteriormente a algunos lugares del crimen.

Pero Ella no pierde el tiempo con avisos de la AEMET o declaraciones de guerra o sucedáneos. En el caso de Valencia desborda los canales que encorsetan los ríos y no sólo eso: da cuenta de una previa *inundación*, la de los centros comerciales que desertifican los territorios, que convierten a las gentes en zombis consumidores. En cierto sentido, el agua está desenterrando a otros muertos (seres orgánicos e inorgánicos) de las cunetas, al destrozar el asfalto con que un territorio es dilapidado y convertido en pasto de los coches.

Al igual que el volcán de La Palma, elimina las barreras arquitectónicas (en este caso, casas) que reducen el amplio y diverso potencial vital del territorio. Dana emborriona con el lodo (y el volcán de La Palma reduce a cenizas) los mapas exhaustivamente cuadriculados y parcelados (siempre a X el metro cuadrado) que obvian una y otra vez la máxima de Korzybski de que el mapa no es el territorio. En otras palabras, la vida supera la economía. La vida ha de asociarse con la ecología (*oikos-logos*), con el logos del *oikos* (casa como Planeta o como Universo), un logos no reducido a cierta racionalidad humana y a sus reglas (*nomos-oikos*, que compone la palabra *economía*). Frente a las reglas de la casa humana (economía), las leyes de la naturaleza (ecología).

La naturaleza se carcajea del vanidoso nombre de la nueva época, el Antropo-ceno, y en un arrebató de ira, afirma: (permítasenos el naíf juego de palabras) hoy *ceno...* *antropos* (seres humanos). Pero no seamos tan egocéntricos, no hay ningún atisbo de ira ni venganza, la Naturaleza no es (solo) humana.

§ 3. Conclusiones

A colación de la relación fantasma-monstruo, de esta versión 2.0 del fantasma que recorre Europa en forma de monstruo universal, harto de la fatua sociedad de la costa francesa mediterránea, Friedrich Nietzsche¹ *fantaseaba* con la llegada de un *monstruoso* tsunami. ¿Por qué? Porque la gente había perdido la conexión con la tierra (y la muerte,

¹ «Efectivamente, vivimos con la más interesante expectativa de perecer, gracias a un benévolo terremoto que hace aullar por doquier no sólo a todos los perros. ¡Qué divertido cuando las viejas casas crujen encima de uno como molinillos de café!, ¡cuando el tintero se vuelve autónomo!, ¡cuando las calles se llenan con figuras espantadas semidesnudas y sistemas nerviosos derruidos!» (Carta de Nietzsche a Reinhart von Seydlitz, 24 de febrero de 1887, citada en: Campioni y Fornari, 2013: 160).

en este caso), surcando el océano del idealismo a bordo de las convenciones sociales burguesas en busca de intereses particulares. La economía se erigía como modelo y el campo de refugiados se ampliaba considerablemente. Podemos ver allí a la Naturaleza junto a los esclavos negros, junto a las mujeres, junto a los indios, junto a tantos otros que han sido marginados, excluidos y discriminados.

En definitiva, podemos extraer este triple mensaje (convocando nuevas extracciones) del escalofriante medio de comunicación que es la Naturaleza: a) una llamada a la participación comunitaria no (exclusivamente) humana (Latour, 2021; Danowski y Viveiros de Castro, 2019); b) una ampliación del concepto vida (Deleuze y Guattari, 1997); c) una imbricación entre naturaleza y cultura (Haraway, 2019).

Bibliografía

- Agamben, Giorgio (2005), *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida*. Valencia, Pre-Textos.
- Campioni, Giuliano, y Fornari, Maria Cristina (2013), «El terremoto de Niza. Una fuente inédita de Nietzsche: Guy de Maupassant», en *Estudios Nietzsche*, n.º 13, pp. 157-176, <<https://revistas.uma.es/index.php/estnie/article/view/10706>>, [11/11/2024].
- Carpenter, Edmund y McLuhan, Marshall (coords.) (1974), *El aula sin muros*. Barcelona, Laia.
- Danowski, Déborah y Viveiros de Castro, Eduardo (2019), *¿Hay mundo por venir? Ensayo sobre los miedos y los fines*. Buenos Aires, Caja Negra.
- Debord, Guy (2012), *La sociedad del espectáculo*. Valencia: Pre-Textos.
- Deleuze Gilles y Guattari, Felix (1997), *Mil mesetas*. Valencia: Pre-Textos.
- Esposito, Roberto (2020), *Comunidad, inmunidad y biopolítica*. Barcelona, Herder.
- Haraway, Donna (2019), *Las promesas de los monstruos*. Salamanca: Holobionte.
- Latour, Bruno (2021), *La esperanza de Pandora. Ensayos sobre la realidad de los estudios de la ciencia*. Barcelona, Gedisa.
- Marx, Karl y Engels, Friedrich (2004), *Manifiesto comunista*. Madrid, Akal.
- McLuhan, Marshall (1996), *Comprender los medios de comunicación. Las extensiones del ser humano*. Barcelona, Paidós.

